

## DE MOLINOS ... Y OTRAS COSAS

Sentado en el banquillo del baño, desnudo, alto, con una flacura inimaginable, barba, pelo largo enmarañado y canoso como un grito de la misma humanidad, me conmovió profundamente. Su insoportable olor me hizo pensar en detener la tarea. El cierto, el de las numerosas prendas recién quitadas y en una bolsa para tirar a la basura, era pasable; pero el de su humanidad era inaguantable. Su piel arrugada cubierta por un mapa mundi de tierra y secreciones, no mostraba un ápice de su color natural. Pensé en sus años de no asearse, de soledad y de humillación. Me imaginé su vida al nacer, crecer, trabajar y hasta procrear. Y ahí estaba con sus ochenta años ante un desconocido, que con impulsiva idea y buena voluntad creía realizar la obra de misericordia más grande del mundo. No dudé que junto con los otros seres humanos de antes y después tenía culpa de la situación de ese anciano desvalido, desnutrido y con una agresividad que no podía aceptar. Con la venta quitada comprendí que con su triste vida me gritaba mi egoísmo y mi desamor.

Pero ahí estaba yo, listo a realizar la obra que me aliviaría el pesado escrúpulo de saber que recluso durante años en mi concha poniendo cuidado a mi propia historia, ignoré la de los demás. La de ese hombre me golpeaba la cara conmoviéndome la conciencia.

Sus ojos opalinos sin expresión precisa me hicieron pensar que no sabía donde estaba. "Y ahora qué" expresó con su boca desmuelada y con olor a mezcla de sarro viejo y tabaco. Voltié la cara con repugnancia. "¡Ahora le daré un baño con agua caliente!" le dije. "Le aclaro, ¡estoy aquí no por el baño sino por el dinero y la ropa que me va a dar!" contestó bruscamente. "¡No, usted está aquí porque necesita asiarse y vestirse como la gente ¿no ha notado como se apartan de su presencia?" expresé tajante. "¿No será usted el que no me quiere ver?", preguntó inteligente. "Bueno, en parte tiene razón, pero siempre que ha acudido a mi consulta lo he atendido" me defendí. "¿Entonces por qué no me invitó antes?, dijo agudamente. No contesté le daría la respuesta otro día.

El agua cayó sobre su cuerpo estremeciéndolo, con una toalla y jabón restregué su cuerpo con fuerza, imposible quitarle la mugre que se aferraba como pegando un grito en el cielo. El asco me consumía, tanto que pensé que él termina la tarea, pero por sus miembros rígidos no podía, así que proseguí, luego le di la toalla para que se aseara sus genitales. "¿Por qué

no lo hace usted? ¿o es que me tiene asco?" "¡No, creo que por pudor usted debe hacerlo!" "Entre hombres no tiene que haber pudor", expresó con sarcasmo. "Además hace más de diez años que no me lavo el culo, ni el chilindrín, a lo mejor ni me lo encuentro, como sucede a veces, por lo que me orino en el pantalón." "Es una cochinatedad olvidarse del aseo por las enfermedades que conlleva", salté con mi vocación médica. "Claro como mis uñas con hongos!", expresó alzando sus pies con unos garfios de tamaño y espesor nunca vistos, y eso que había visto uñas. Eso me explicó el tamaño de sus zapatos.

No sé si seis días antes su edor entró primero o fue él. Frente a mí escritorío tenía la persona más sucia del mundo, con varios pantalones y un saco oscuro, brillantes por el uso y con una mezcla de orines, excrementos, comida y tierra. Minutos antes escuché el barullo de los pacientes dispersándose ante su presencia.

El hombre no sabía que había llegado en el día y en el momento preciso para colaborar en la misión de mi conciencia, golpeada días antes en las últimas horas de mi Cursillo de Cristiandad con la Gracia Santificante del más allá. Con las armas de la oración, el estudio y sobre todo la acción que caía muy bien a mi personalidad, me dispuse como caballero andante arrepentido de un sin número de luchas en el reino del mal, de enarbolar la bandera del bien en el Reino del amor. El viejo fue escogido para iniciar la guerra contra molinos de viento que me quebraron la cabeza, el corazón, dejándome en el suelo molido a palos, mostrándome enseñanzas que el lector a su debido tiempo conocerá y estará de acuerdo con la historia.

Después de dejarlo quejarse de sus males y de compartir con Dios su pestilencia y pensando que la que Él percibía de nosotros era multiplicada a la máxima potencia, lo examiné, prescribí y le lancé la primera flecha: "Abuelito, quiero ayudarle" "Ya lo hizo y se lo agradezco," contestó. "Me refiere a otra clase de ayuda, tal vez dinero, ropa, donde vivir mejor". "¡Si es cierto!, el dinero siempre falta, pero la gente me lo da, además comida y en el precario no me cobran por el cuarto, y si escaseo en los basureros encuentro cosas buenas ¿le gustaría ver lo que traigo en mi saco?". Prohibí que lo abriera. Cerrándose los portillos, con tino zagaz y meloso lancé la segunda flecha: "Pero abuelito, una ropa limpia le vendría bien, esa que tiene lo va a enfermar". "¡Cómo que me va a enfermar!, tengo diez

años de no quitármela y como ve nada me ha pasado". Las pocas veces que vengo al Seguro es por carajaditas, como hoy por mi diarrea", comentó muy triunfante. Al borde de perder la paciencia le recordé que meses antes lo regañé y le advertí que si se presentaba tan sucio, no lo atendería. Mensaje reforzado por mi secretaria y enfermera. Lancé la tercera flecha que casi lo mata: "Viejito, yo le conseguiré ropa y pienso que un baño con agua caliente no le caerá nada mal". "¡Oh no!, ¡bañarme no! La última vez unos condenados güilas del precario a fuerza me lanzaron al río y no pudieron bañarme, pues me defendía a pedradas. Pesqué un resfrío, luego una neumonía que me tuvo grave. ¡Ahora usted quiere acabar conmigo!" "¡Cómo se le ocurre que quiera matarlo!, usted se bañará en mi departamento, yo le daré un dinero, comida y luego la llevaré al precario, ¿qué le parece? Me miró con sigilo pensando la respuesta. Se negó varias veces, insistí otras tantas. Al final su aceptación me llenó de gozo. "¡Pues bien vamos hoy a su casa!" dijo decidido. "¡Hoy no puede ser!", tengo mucho trabajo y es lunes. Lo esperaré el sábado a las once de la mañana. Usted espéreme a la salida. El hombre se fue contento con unos centavos de más.

El sábado a las siete de la mañana, el viejo con el gran saco de cochinas me esperaba fuera del consultorio. Los enfermos brillaban por su ausencia o se mantenían a distancia para no avasallar su bulbo olfatorio.

"¡Doctor! ¡Doctor! ¿Es verdad que usted va a bañar a ese sucio en la Clínica? Nosotras las enfermeras de este centro nos negamos a meter mano, no es de nuestra incumbencia. ¿"No será un cuento de ese viejo malcriado que siempre nos insulta?" "Viejo cabrón y hocicón" me dije. "¡Sí es cierto, y a usted le toca lavarle las nalgas y lo que le cuelga!" le dije a la histérica con rabia. Al rato reconociendo mi soberbia, vi en mi iliumismo incipiente a la paloma del Espíritu Santo alejarse de mí a una velocidad superior a la del "Concorde". De inmediato pensé en mi confesor que visitaría por la tarde para que me la regresara. Humillado pedí disculpas a la mujer, y al exhibicionista que se paseaba por los pasillos, le rogué que me esperara en el parque del pueblo, de lo contrario adiós plata, ropa, comida y desde luego bañada, y que por favor no contara a nadie nuestro secreto. Qué iba a pensar yo que medio pueblo y la gente del precario ya lo sabían.

Me esmeré para que la obra de misericordia saliera redondita, casi como un padre espera su primer hijo. Así lo hice. No conseguí zapatos de su tamaño, sí ropa suficiente para vestirse de traje entero cada día. Dispuse de mi colonia, mi mejor camisa y mi "Olimpo" más grande, aunque viejo y estirado, pues el anciano presentaba una hernia inguinal que dejaba desorbitado a cualquiera.

Al salir del garaje de la clínica, el viejo de repente y como caído del cielo frente a mi carro, deteniéndolo, gritaba "¡no se vaya sin mí, lo he esperado durante la mañana y me quiere dejar tirado". Rojo hasta la coronilla y con mi orgullo debajo del acelerador miré su gran saco que como gigante péndulo se balanceaba frente al parabrisas, y a los lados mis compañeros me observaban sorprendidos. Abrí la puerta con rapidez y lo invité a entrar a prisa. Lo hizo pero el condenado saco se atoró. Pensé en tirárselo al basurero del estacionamiento, pero el inteligente hombre leyendo mi pensamiento, expresó: "¡Usted lo tira y yo con el me bajo! Con la frialdad posible me bajé, le arrebaté el saco bruscamente y lo metí en la cajuela. Mis compañeros no salían de su asombro.

Al cruzar el pueblo no dejó de saludar a cuanta gente veía. Horrorizado me martirizaba pensando en lo que dirían de mí. Desié que mi vehículo fuera el auto invisible de la televisión, la cosa se me estaba complicando. Frente a la iglesia pensé en bajarlo, me di ánimo al pensar de que no tenía que darle gusto al cachudo y que mi bienaventurado plan debía de seguir.

"¡Cómo es posible que usted viva tan bien y yo tan mal!", exclamó el viejo al ver la comodidad del lugar. No le contesté. Preparé el café en la pequeña cocina frente a la hermosa sala de damascos y sedas, mientras lo observaba, no se fuera a jalar una torta en el cómodo sofá. Comentó sobre la diferencia de clases como queriendo iniciar una acalorada discusión. No caí en la trampa, quería terminar pronto la tarea.

En el baño, esperé que se disintiera, realmente no podía por lo que le quité el mugroso saco, debajo tenía otro, luego otro, un sweater y varias camisetas. Así le quité pantalón sobre pantalón hasta llegar a un pedazo de tela, el calzoncillo. Prendas que fueron colocadas en una bolsa de basura, no sin antes de sacar sus contenidos, como él lo indicó: papeles, colillas de cigarro, fósforos, monedas, hojas, restos de alimentos, una llave atada a un largo trapo y otras cosas más.

Después del baño y de aplicarle el desodorante, talcos, le ayudé a vestirse. Sugerí en un momento que se cortara la barba, rehusó, permitiendo sólo un pequeño recorte. El hombre lucía bien, sólo que no encontré zapatos, por lo pensé en los "Bracos nuevos", obsequiados en mis cumpleaños y que me habían quedado grandes. Le corté las uñas lo más que puede y se los puse. Con el traje entero y mis zapatos lucía irreconocible, hasta divertido.

Pronto a llevarlo a su casa me pidió la ropa sucia, me negué rotundamente diciéndole que la quemaría. "Está bien que me ayudara a bañar y me diera ropa limpia, pero no tiene ningún

derecho a quitarme esa ropa, además si no me la da, me quito estas carajadas y me pongo lo mío, pues no necesito de nadie". Su respuesta me dejó atónico. Enojado le repetí que no se la daría. En un gesto rápido comenzó a divestirse. Al final se la di no sin antes de lanzarse un sermón salubrista pletórico de frustración. Como enemigos terminamos la tarde. Le llevé al precario, le di dinero y una bolsa el resto de ropa buena. Se bajó, me miró sonriendo y caminó campante entre los numerosos niños y adultos que se reían de él. Con la conciencia tranquila me regresé contento. Sobre el piso del baño encontré la pequeña llave atada al trapo, pensé que era la de su cuarto.

El lunes, el hombre asomando su cabeza por la puerta entreabierta de mi consultorio, me pidió la llave. Me puse de pie muy rápido y abrí la puerta. ¡Horror! Lucía sus viejos zapatos y la sucia ropa de siempre, sujetaba la gran bolsa con fuerza.

Me sonrió. Pensé en mis "Bracos" y no pregunté nada. Le di la llave y se fue tranquilo. No puedo negar que sentí nuevamente frustración y mucha rabia. Me volví a consolar pensando en la pureza de mi intención.

Por la noche, en mi cama, los molinos iniciaron su trabajo. Tomé conciencia de que había violado derechos, pues en ningún momento necesito de mi ayuda, mucho menos para cambiar su "modo de vivir". Las aspas me golpeaban fuerte y en cada vuelta me gritaban: ¡Tolerancia! ¡Tolerancia! En el último porrazo aprendí que tenía un derecho ineludible y que nadie podía arrebatarme: en el baño de mi vida, sólo yo podía quitarme mis propias costras.

*Francisco Cartín Rodríguez  
Clínica Jiménez Nuñez.*